

Alicia a través del espejo

Lewis Carroll

Versión de Beatriz Actis

ILUSTRACIONES
DE DIEGO MOSCATO

Coordinadora de Literatura: Karina Echevarría
Editora: Pilar Muñoz Lascano
Traducción y adaptación: Beatriz Actis
Autora de secciones especiales: Pilar Muñoz Lascano
Corrector: Mariano Sanz
Coordinadora de Arte: Natalia Otranto
Ilustraciones: Diego Moscato
Diagramación: Karina Dominguez
Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez



Carroll, Lewis

Alicia a través del espejo / Lewis Carroll ; adaptado por Beatriz Actis ; ilustrado por Diego Moscato. - 1a ed. - Boulogne : Estrada, 2016.
112 p. : il. ; 19 x 14 cm. - (Azulejos. Naranja ; 63)

ISBN 978-950-01-1852-1

1. Literatura Infantil. 2. Narrativa. I. Actis, Beatriz, adap. II. Moscato, Diego, ilus. III. Título.
CDD 823.9282



COLECCIÓN AZULEJOS - SERIE NARANJA

63

© Editorial Estrada S. A., 2016.

Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-1852-1

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Charles Lutwidge Dodgson nació el 27 de enero de 1832 en Daresbury, Inglaterra. Más conocido por el pseudónimo que adoptó para firmar sus obras literarias, Lewis Carroll fue el hijo primogénito de un clérigo protestante y creció en una familia numerosa de clase media en plena época victoriana. Asistió a la escuela de Richmond, donde fue un buen alumno, con inclinaciones intelectuales y escasa habilidad deportiva. Llegó a Christ Church (Universidad de Oxford) en 1851 como alumno normal inicialmente; luego de dos años continuó como becado, y allí se quedó por el resto de su vida. En 1855 obtuvo un puesto de profesor de Matemática. Además de matemático y escritor, era clérigo, pero rara vez ejerció como tal.

Era un hombre excéntrico y reservado. Le gustaba estar rodeado de niños y para ellos escribía historias e inventaba juegos y acertijos en los que cultivaba el absurdo (nonsense), los juegos de palabras y la lógica, así como también la paradoja y la sátira.

Su libro más conocido es *Las aventuras de Alicia en el País de las maravillas* (1865). Pero también es el autor de *Alicia para los pequeños* (1889), *La caza del Snark* (1876), *Silvia y Bruno* (1889), *El final de Silvia y Bruno* (1893), *Tres ocasos y otros poemas* (1898). Además escribió una enorme cantidad de ensayos, artículos y libros sobre matemática y lógica.

Dodgson murió el 14 de enero de 1898 en The Chesnuts, condado de Guilford.

El otro libro de Alicia

Luego del éxito de *Alicia en el País de las maravillas*, Carroll escribió la segunda parte: *Through the Looking-Glass and What Alice found there* (*A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*, también titulado en español *Alicia a través del espejo*).

Este libro fue publicado en 1871 en Londres por Macmillan y con ilustraciones de Sir John Tenniel. Hay al menos dos hipótesis sobre su génesis. Alice Raikes, prima de Dodgson, dijo en 1932 que la historia tenía su origen en una respuesta que ella de niña le había dado al escritor. Un día este la situó frente a un espejo con una naranja en la mano y le pidió que le explicara por qué en el espejo la naranja aparecía en la mano izquierda cuando él la había puesto en la derecha. Alice Raikes respondió: “Si yo estuviera del otro lado del espejo, ¿no seguiría estando la naranja en mi mano derecha?”. Según Alice Liddell, esta historia fue contada a ella y sus hermanas en la época de las excursiones al río, cuando Dodgson les enseñaba a jugar al ajedrez.

En su diario personal, el escritor señala que se encontró por primera vez con Alice Raikes el 24 de junio de 1871, cuando el libro ya estaba en manos del editor. De modo que esta historia tendría el mismo origen y las mismas destinatarias que el anterior libro de Alicia, puesto que durante una de estas excursiones de la que participaban las hermanas Liddell, Carroll contó para entretener a las niñas las aventuras de Alicia en el mundo subterráneo (relato que luego dio origen a *Las aventuras de Alicia en el País de las maravillas*).

Del otro lado del espejo

Este segundo libro de Alicia es una continuación del primero: la historia transcurre seis meses después. Ya no es verano ni la protagonista se duerme al aire libre sino que el relato comienza junto a una chimenea invernal en el interior de la casa.

Así como en *Alicia en el País de las maravillas* la protagonista juega con cartas vivientes, en esta oportunidad se ve involucrada en una partida de ajedrez entre piezas blancas y rojas. La Reina Roja le ofrece a Alicia convertirse en Reina si llega a la octava casilla de un ajedrez gigante, cuyo gran tablero está formado por casillas separadas de manera horizontal por pequeños arroyos y verticalmente por pequeños cercos. Cuando Alicia acepta este reto, se convierte en un peón blanco y se involucra en el juego.

En el prefacio que Carroll escribió para la edición de 1896 señala que, si bien los turnos entre rojas y blancas no son respetados de modo totalmente estricto (la cantidad de movimientos de las piezas blancas es superior al de las piezas rojas) es posible realizar estas jugadas. E indica también que el enroque de las tres reinas hace referencia a que han entrado a palacio. Pero aun así hay movimientos inexplicables para el ajedrez convencional. Es difícil pensar que Dodgson no notó estos errores, ya que había aprendido a jugar al ajedrez de niño, solía llevar un juego de ajedrez en sus viajes en tren y poseía en su biblioteca varios tratados sobre este juego. Es probable que para muchas jugadas haya recurrido a los ajedreces de fantasía o fantásticos (*fairy-chess* en

inglés, “ajedrez de las hadas” o “ajedrez fabuloso”) que se juegan con leyes que parecen absurdas pero solo son distintas.

¿Qué otras particularidades hay en ese mundo del otro lado del espejo? Es igual y al mismo tiempo radicalmente distinto al del otro lado. Martin Gardner señala: “En un espejo, todos los objetos asimétricos van en dirección contraria”. Esto tal vez explique por qué a lo largo de la narración se produce una constante inversión de la realidad.

Alicia a través del espejo

Lewis Carroll
Versión de Beatriz Actis

I* La Casa del Espejo

La gatita blanca no había sido responsable, sino la negra. La blanca estaba atrapada entre las patas y la lengua áspera de su madre, Dinah, que la lavaba. En cambio, la otra se entretenía jugando con un ovillo de lana y era la responsable del desparramo que había obligado a Alicia a levantarse del sillón y recoger la lana enredada por todas partes.

—¡Pórtate bien, Kitty! —le reprochó Alicia. Y después, acurrucada de nuevo en el sillón, le preguntó—: ¿Te gusta el ajedrez? Porque, hace un rato, parecías observar con atención la jugada entre las piezas rojas y las piezas blancas del tablero.

Afuera nevaba y la niña pensó, esperanzada, que debajo del campo blanquecino esperaba la hierba verde dispuesta a volver a crecer durante la próxima primavera.

Después aproximó a la gatita negra al gran espejo de la sala, la enfrentó a él y le dijo:

—Mira. Detrás del espejo está la sala, pero invertida, con todas las cosas al revés. E imagino que hay más que eso...

¿Te gustaría que te llevara a la Casa del Espejo? (La gata contestó con un débil ronroneo). Quiero saber si allí encienden el fuego en el invierno... Sé que los libros de su biblioteca se parecen a los nuestros, solo que las palabras están escritas al revés. Puse un libro frente al espejo y ellos hicieron lo mismo desde la otra habitación. ¡Estoy segura de que del otro lado hay muchísimas cosas maravillosas! Imaginemos, Kitty, que hay alguna manera de entrar: por ejemplo, que el cristal se ablanda y entonces podemos pasar a través de él...

En ese momento, el espejo comenzó a empañarse. Alicia se trepó a la chimenea y vio cómo el cristal se deshacía y formaba una especie de niebla brillante.

La niña la atravesó y se dejó caer en la sala de la Casa del Espejo.

Lo primero que comprobó fue que el fuego estaba encendido y, por lo tanto, el ambiente era acogedor y ella no tenía frío. “Aquí no hay nadie que me ordene alejarme del fuego”, pensó con alivio. Y también: “Va a ser divertido cuando, desde nuestra sala, me vean a través del espejo y no puedan alcanzarme”.

Se puso a mirar con mayor detenimiento a su alrededor y comprobó que los cuadros parecían vivos y que el reloj sobre la chimenea tenía la cara de un viejito sonriente.

También notó otras diferencias: varias piezas de ajedrez, en vez de encontrarse sobre el tablero, estaban desparramadas; algunas, caídas entre las cenizas... ¡y se movían, deambulando, de dos en dos!

Alicia se arrodilló ante la ceniza para contemplarlas de cerca: eran el Rey y la Reina Rojos. Más allá, sentados sobre la parte superior de la chimenea, vio al Rey y a la Reina Blancos. Y todavía más allá, dos torres paseaban tomadas del brazo.

Un peón blanco, alejado de las otras piezas, se puso a chillar y a patlear. La Reina Blanca gritó:

—¡Es la voz de mi hija! ¡De mi bebé imperial!

Alicia quiso ayudarla y la tomó entre sus dedos, llevándola desde su lugar hacia donde estaba el bebé-peón.

La Reina Blanca, al tocar el piso, exclamó muy asustada:

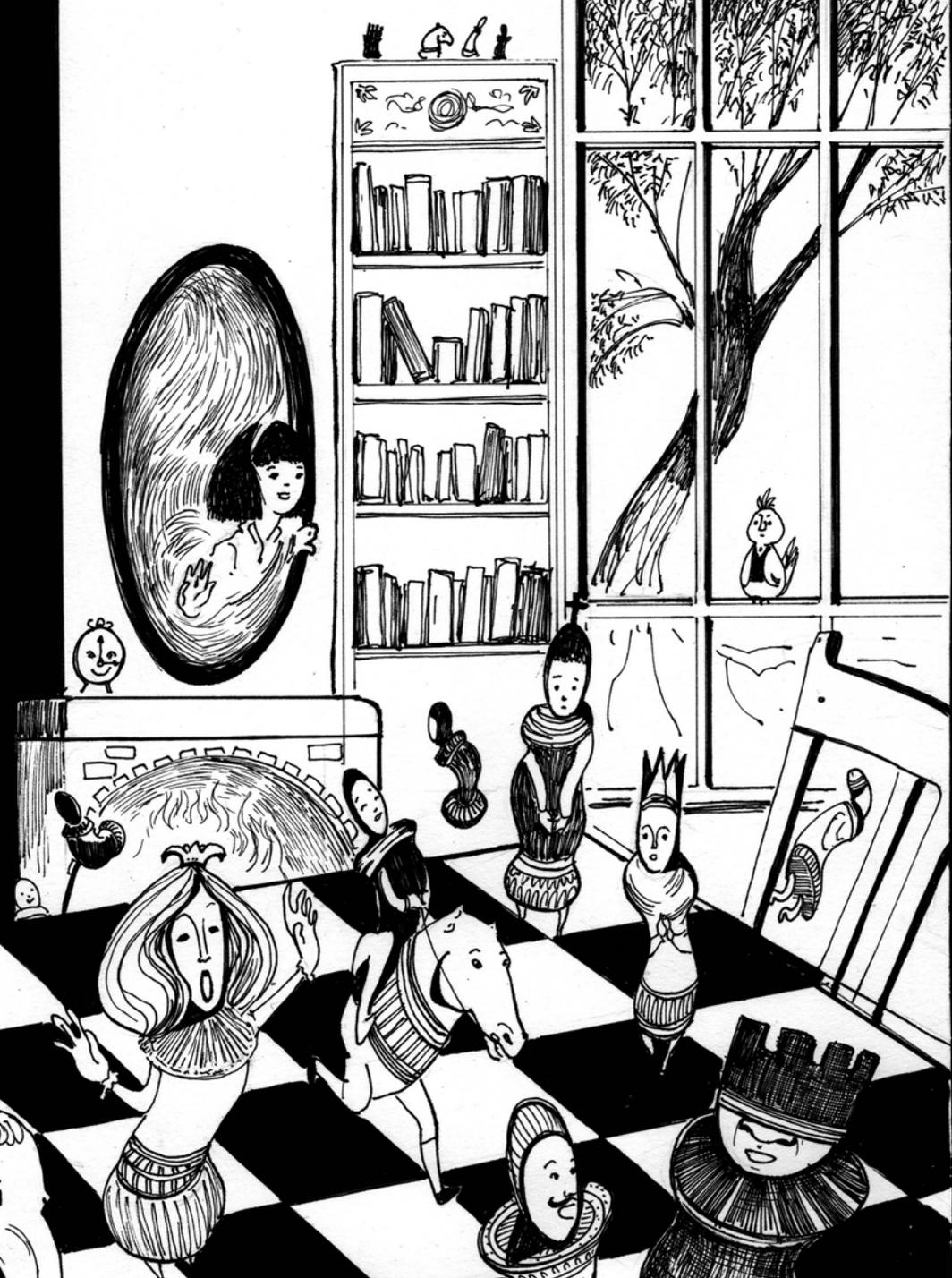
—¡Un huracán!

Entonces Alicia tomó entre sus dedos al Rey Blanco, pero con mayor lentitud, y lo depositó con suavidad al lado de los otros. El Rey tenía tal expresión de asustado que la niña tuvo que contener la risa, a pesar de que ella parecía resultar invisible ante los ojos de los reyes.

Al llegar al suelo, el Rey dijo, alterado, a la Reina:

—¡Se me helaron hasta los bigotes!

—¡Pero si no tienes bigotes! —objetó la Reina.



Sin dejar de observar los movimientos de las piezas, Alicia descubrió, sobre una pequeña mesa, un libro escrito en un idioma desconocido. Leyó unas palabras rarísimas:

“ԿՆՕՎԱԵԾԾԸԼ”
Hervitoreaba y los viscosivos toves
vuelteaban y talagujereaban el solado;
miséviles estaban los borgoves
y los chanerdes bramasilbaban.

El desconcierto duró poco porque de golpe comprendió:
—Si coloco el libro delante de un espejo, las letras estarán en el lugar correcto y podré leerlas.
Eso hizo y, entonces, pudo leer un poema:

“Jabberwocky”
*Hervitoreaba y los viscosivos toves
vuelteaban y talagujereaban el solado;
miséviles estaban los borgoves
y los chanerdes bramasilbaban.*

“¡Cuidado, hijo mío, con el Jabberwocky!”

*¡Sus dientes y sus garras te atacarán!
¡Cuidado con el pájaro jubjub
y escapa también del magnapresa!”.*

*Tomó con su mano la espada vorpal,
hacía tiempo que buscaba a su enemigo;
bajo el árbol tum-tum reposó
y allí quedó pensativo.*

*Y mientras estaba sumido en sus pensamientos,
el Jabberwocky, con ojos de fuego,
apareció resoflando por el bosque fosco,
irápido y espumeante!*

*¡Uno, dos! ¡Uno, dos! De uno a otro lado
le atravesó la espada.
Muerte le dio, y con la cabeza
huyó de allí, galofante.*

*“¿Lograste matar al Jabberwocky?
¡Déjame que te dé un abrazo!
¡Oh, día fabualégre! ¡Jurra!”
clamoreaba el anciano, victorioso.*

*Hervitorea y los viscotivos toves
vuelteaban y talagujereaban el solado;
misébiles estaban los borgoves
y los chanerdes bramasilbaban.*

—¡Me parece realmente lindo, aunque un poco difícil de entender! —exclamó Alicia—. Mi cabeza está repleta de ideas, aunque no sé muy bien cuáles.

Después pensó un poco más en el poema: “Lo que sí me queda claro es que alguien ha matado a algo”.

De pronto, y aún confusa por lo complicado del poema, la niña pegó un salto y salió de la habitación:

—Si no me apuro, no tendré tiempo de conocer toda la Casa del Espejo y deberé volver enseguida del otro lado. Lo primero que quiero ver es el jardín.

Su partida tuvo algo de particular: bajó las escaleras sin caminar ni correr sino flotando. Apoyó la punta de los dedos en la baranda y dejó que su cuerpo se deslizara hacia abajo, sin necesidad de que sus pies pisasen los escalones.

Del mismo modo cruzó el vestíbulo, y tuvo que aferrarse al marco de la puerta principal para no salir despedida.

Todo esto la mareó un poco y, cuando volvió a caminar con normalidad, se puso contenta de sentir que los pies pisaban otra vez el suelo firme.

II* El jardín de las flores vivientes

Alicia estaba entusiasmada con la idea de conocer el jardín. Vio una colina no muy lejana y pensó que desde arriba lo contemplaría mejor.

Sin embargo, marchaba y marchaba en dirección a la colina, y nunca terminaba de avanzar: el camino daba vueltas como un sacacorchos. Cuando creía llegar a la cima, volvía a la casa. Tomaba otra curva del camino... y sucedía lo mismo.

—¡Nunca vi una casa que se interponga de este modo! —protestó Alicia—. Pero no voy a regresar ahora porque mi aventura terminaría demasiado pronto.

En un nuevo intento por llegar hasta la cima de la colina, se encontró con un macizo de flores con un sauce en el centro. Había flores de todas clases, y un cantero con margaritas las rodeaba.

—¡Qué hermoso es este lirio! —suspiró Alicia—. Si tan solo pudiese hablar...

El lirio dijo: